

**Menéndez Pelayo y  
las literaturas  
europeas**

*Anthony H. Clarke*

*Menéndez Pelayo e Inglaterra:  
Menéndez Pelayo y el  
hispanismo británico*

**Sociedad Menéndez Pelayo**

**2018**

## Menéndez Pelayo e Inglaterra: Menéndez Pelayo y el hispanismo británico

*Anthony H. Clarke (University of Birmingham)*

En el curso de los últimos ochenta años, los estudios sobre Menéndez Pelayo, su obra y su imagen, han cubierto buena parte de las relaciones entre el gran polígrafo y el resto de España –Cataluña, Galicia y Asturias sobre todo– sin desatender las importantes relaciones hispanoamericanas. Semejantes contactos a lo largo de su vida de estudioso y bibliotecario atestiguan no solamente su prestigio en el mundo de las letras sino también sus méritos prácticos como consejero. Sin embargo, este mismo prestigio casi mundial no significa, ni mucho menos, que hayamos agotado la rica vena de su obra y de su aportación cultural. Por las cartas cruzadas entre don Marcelino y las grandes figuras de la crítica literaria en otros países europeos sabíamos bastante de las relaciones crítico-bibliográficas entre el maestro cántabro y los estudiosos en Alemania, Francia, Inglaterra, Italia y Portugal pero no hemos asumido la tarea de contemplar y apreciar el cuadro completo –si cabe esa posibilidad– hasta muy recientemente, quizás bajo el aguijón del descomunal y definitivo *Epistolario*<sup>76</sup>.

Estas relaciones y contactos epistolares nunca pueden ofrecernos el cuadro en todos sus aspectos; el estudioso tiene que asumir el papel de detective para “completar” el cuadro en lo posible. Como muestra representativa entre tantos ejemplos vayan los casos de R. Foulché-Delbos, con dieciocho cartas a Menéndez Pelayo y solamente una de éste a aquel, o de Fitzmaurice-Kelly, con veintiséis cartas a don Marcelino y aparentemente ninguna en dirección contraria. Pero no debemos concluir forzosamente que Menéndez Pelayo no escribiera las cartas que brillan por su ausencia. Siempre hubo bastantes razones para que una carta se extraviara o perdiera. En el caso de Morel-Fatio vemos que la

---

<sup>76</sup> Marcelino Menéndez Pelayo, *Epistolario*, Edición al cuidado de Manuel Revuelta Sañudo, Fundación Universitaria Española, Sociedad Menéndez Pelayo, 23 vols., Madrid, 1982-1991.

desproporción es muchos menos, probablemente por la larga amistad entre ambos. A veces la “ausente” se puede suplir por una copia en origen, pero de todas formas captar el cuadro completo es tarea problemática, por no decir imposible. A pesar de todo esto, hay que reconocer que el *Epistolario* “completo” permite ahora matizar y profundizar mucho más.

La idea de estudiar y sopesar la “presencia” de Menéndez Pelayo en otros países no es reciente, pero tal cometido se ha hecho dable en los últimos años, gracias al aludido *Epistolario*. Si se ha añadido a esto la tarea espinosa de rastrear la “presencia” de Menéndez Pelayo en la preparación y escritura de las Historias de la Literatura Española escritas en otros países confieso que la culpa es mía, y por ello deseo reconocer una vez más el apoyo incondicional que nos ha prestado el Presidente de la Real Sociedad Menéndez Pelayo, don Ramón Mandado. En verdad, el encargo no es tan quijotesco como parece.

El abanico de importantes contactos europeos siempre estuvo allí en vida de don Marcelino, pero el estudioso de hoy tiene la inestimable ventaja de poder acceder mucho más fácilmente a aquellas materias. A la vez hay que tener en cuenta que los ejemplares con dedicatoria y con frecuencia algún mensaje que se conservan en la Biblioteca Menéndez Pelayo son otro contacto y baremo importante a la hora de considerar el mapa o red que acompaña la vida y el trabajo del polígrafo.

En los países vecinos a España la difusión del nombre y de la reputación de don Marcelino ha ido creciendo paulatinamente, y casi exclusivamente en un nivel más bien académico o bibliográfico. A menudo se olvida que en España la prensa regional fue un instrumento clave en la difusión del fenómeno que fue don Marcelino, junto con la prensa de las ciudades más importantes. Por regla general no pasó así en Francia, Inglaterra, Alemania, ni tampoco en Italia o Portugal, pues allí fueron las universidades, las revistas literarias y de cultura y las grandes bibliotecas donde los estudiosos se enteraron del trabajo y de la persona del maestro cántabro. Siempre hay excepciones en tales casos y las dos universidades francesas que más se identificaron con España y el hispanismo en el último cuarto del siglo XIX, Burdeos y Toulouse, mantuvieron sus contactos con la prensa regional de tal modo que el nombre de Menéndez Pelayo llegó a figurar con frecuencia en los más importantes periódicos del día. Ese leve

trasiego de noticias y reseñas de materias españolas de interés a los hispanistas a la prensa regional alcanzó a un público menos selecto a la vez que a un público académico. Insisto en este punto porque se dan muy pocos ejemplos de este tipo de difusión de todo lo que tiene que ver con Menéndez Pelayo fuera de España y algunas ciudades de Hispanoamérica con su propia zona de captación regional.

Por regla general los corresponsales de Menéndez Pelayo suelen ser historiadores, lingüistas, estudiosos de la literatura y de la cultura, algún filósofo y unos pocos bibliotecarios. Inevitablemente, cuando se trata de entre catorce y quince mil cartas, siempre habrá una porción de corresponsales absurdos y estafalarios, de los que hacen perder el tiempo. Mi cometido aquí no me permite ofrecer una sarta de ejemplos británicos de este tipo de corresponsales; guardaré esta materia para otra ocasión más propicia a la diversión.

Cualquier persona que haya manejado con frecuencia el *Epistolario* “definitivo”, o siquiera los epistolarios anteriores, nota sin tardar que existe en muchos casos una desproporción importante —a veces sorprendente— entre el número de cartas enviada a don Marcelino por el corresponsal y el número de cartas enviadas a éste por don Marcelino. Vuelvo a este tema porque es fácil y hasta probable que esta circunstancia influya en nuestra perspectiva sobre la relación de los dos corresponsales. Tratándose de un maestro, colega y amigo como Milá y Fontanals o Gumersindo Laverde la proporción es más o menos igual, pero vemos en muchos casos de la correspondencia entre don Marcelino e hispanistas franceses, alemanes o ingleses que la desproporción puede ser grandísima e incluso puede llevar al lector a formar unas opiniones equivocadas o dudosas. Por esto precisamente nos cumple proceder con precaución y tener en cuenta que una segunda lectura puede deparar sorpresas.

La correspondencia entre Menéndez Pelayo y las grandes figuras de los estudios literarios, textuales y bibliográficos, tanto italianos y portugueses como franceses, alemanes y británicos, no solo interesa por su contenido “profesional” sino también por cuanto revela el empeño, el nivel de entrega del propio Menéndez Pelayo en promover y facilitar la investigación literaria, lingüística y cultural en general en el extranjero, a la par que en España, y de una manera casi única en la época de que se trata.

Habría que remontarse a los tiempos de Goethe y del gran Manzoni para buscar un caso parecido.

Tal como he sugerido antes, fuera de España los contactos más importantes y duraderos han sido con Francia y Alemania, aunque quizás convendría matizar que los contactos con Italia y Portugal, aunque menos difundidos, tienen su propia importancia y suelen ser más entrañables. La preeminencia de Francia y Alemania con respecto a los estudios hispánicos y el hispanismo se debe en gran parte a la fundación más temprana de departamentos de estudios hispánicos en sus universidades y a los fondos superiores de sus bibliotecas universitarias, aunque no se debe olvidar que el hecho de que cultivasen espectacularmente ciertas épocas y ciertos géneros aportaba ventajas también.

En casi la totalidad de los casos de correspondientes franceses y alemanes se notan la cortesía y respeto de las cartas a don Marcelino. (Recojo este dato sencillamente porque no es siempre así, como veremos). Las grandes figuras del hispanismo francés y alemán en el periodo que nos interesa –aproximadamente 1878-1910– no solo buscan la ayuda y los consejos del maestro en cuestiones literarias, históricas, lingüísticas y bibliográficas sino que le acatan como máximo representante de la cultura y de la historia de las ideas en España. (Cuando llegan las cosas a tales extremos siempre surgen en la mente de los escépticos algunas dudas. A propósito me viene a la memoria una anécdota –posiblemente un hecho auténtico– que se narraba con respecto al egregio Dr. Johnson, a saber, que las madres de críos enfermos o discapacitados los llevaban a ver el famoso sabio para que les pusiera la mano sobre la cabeza, creyendo que su fama y su sabiduría acaso pudieran ocasionar una cura milagrosa). Hasta tal punto llegan el respeto y la adulación de los estudiosos franceses de alto vuelo –los Morel-Fatio, Foulché-Delbosc, Mérimée, etc.– que, una vez establecidos estos hispanistas, y media docena más, en una relación de cierta confianza como correspondientes y colegas de don Marcelino no pasa carta sin su correspondiente ración de incienso. Como esta adulación se nota también en cartas de hispanistas menores, tanto franceses como de otros países, no es de extrañar que haya hecho mella en el gran sabio, por humilde y modesto que haya sido intrínsecamente. Para cuando muere don Marcelino, en 1912, cabe decir que la nutrida red de contactos con el

hispanismo francés, alemán, italiano y portugués evidencia claramente que el desarrollo fenomenal del hispanismo en aquellos países en el último tercio del siglo XIX y primer decenio del siglo XX debe muchísimo al papel como consejero e intermediario de don Marcelino.

Al pasar revista a la obra crítica del propio Menéndez Pelayo sobre la literatura europea nos damos cuenta de que existe una jerarquía –quizás inevitablemente– que se debe en parte a las preferencias de éste y en parte a los pedidos y consultas que recibe con tanta frecuencia de los más destacados hispanistas de Europa. Así los alemanes abogan más por el teatro barroco y el Romanticismo y los franceses por la literatura medieval, la épica y el romancero. La preeminencia de ciertos estudiosos franceses y alemanes en unos campos específicos condiciona en alto grado el contenido de las cartas cruzadas entre ellos y don Marcelino. Por esto no es de extrañar que el renombre y la influencia de Menéndez Pelayo se hayan hecho sentir con más fuerza en Francia y Alemania. Veremos ahora que las relaciones entre el maestro cántabro e Inglaterra, o lo que fue Gran Bretaña, y con el hispanismo británico siguen una pauta muy distinta. Casi huelga decir aquí que he creído necesario incorporar estas páginas sobre el panorama general europeo con el fin de crear un contexto adecuado que sirva para explicar en cierta medida el carácter único de las relaciones entre Menéndez Pelayo y la literatura inglesa y Menéndez Pelayo y el hispanismo inglés o británico.

La cobertura de la obra y la imagen de Menéndez Pelayo aquí, en Gran Bretaña, nunca ha llegado, en ninguna época, a ser tan amplia como en Francia o Alemania. Hemos visto algunas de las razones que lo explican. Ahora, al contemplar esa historia desde nuestra perspectiva de hoy, vemos que pasa al dominio público por dos canales: el canal rigurosamente académico y el canal académico-popular, o mejor dicho, de cultura general. Muy pocos hispanistas ingleses o británicos que escribían sobre literatura, historia, estética o cultura española durante el periodo 1875-1912 estuvieron en contacto con don Marcelino. Esto no obstante, aquellos que tuvieron tal privilegio nos suministran unos datos y pequeñas historias de un interés más que regular, no solamente con respecto al hispanista sino también por lo que nos parecen indicar sobre don Marcelino, su carácter y sus rarezas (porque es evidente que tenía dos

caras, tal como hubiera podido sugerir Marañón, aunque no quiso).

Antes de entrar en materia —es decir, en la parte exclusivamente inglesa de esta conferencia/artículo—, me parece apropiado comentar que la inmensa mayoría de las noticias, reseñas y escritos breves sobre la persona, la obra y la imagen de don Marcelino se encuentran mayormente en las revistas y las publicaciones del hispanismo británico, y esto solamente desde bien entrado el siglo XX. Las revistas literarias y culturales más renombradas de la segunda mitad del siglo XIX, tales como *The Cornhill* y *The Westminster Review*, no traen reseñas ni noticias sobre el gran polígrafo, que yo sepa. Esto resulta tanto más extraño cuanto que tenemos en cuenta que en el último tercio del siglo XIX, en Francia, Alemania, Italia y Portugal la cobertura de don Marcelino y su vida y milagros no se limitaba a las publicaciones académicas. Se trata de un fenómeno y una anomalía bastante difíciles de explicar en términos socio-culturales. ¿Por qué esta relativa ausencia de Menéndez Pelayo de las mejores revistas de la prensa británica?

Hace unos veinte años se publicó un excelente estudio sobre Menéndez Pelayo y el hispanismo, del Profesor Morón Arroyo<sup>77</sup>. Las páginas dedicadas al hispanismo británico dan una idea de la escasez de materias sobre este tema en comparación con los casos de Francia, Alemania e Italia. Voy a repasar esta materia, añadiendo algunos nombres que no tienen nada que ver con el hispanismo e intentaré explicar, en lo posible, esta misma escasez o pobreza.

Figura en el *Epistolario* el historiador Martin Hume, con una sola carta, de junio de 1901<sup>78</sup>. Cualquier hispanista británico de hoy seguramente se sentiría avergonzado al leer esta carta, no solamente por su castellano renqueante sino más bien por su arrogancia. Después de hacer mucha gala del encargo que le acaba de ofrecer el gobierno inglés, a saber, de “completar la obra” de su “amigo” Gayangos, habla de unos

---

<sup>77</sup> Ciriaco Morón Arroyo, “Menéndez Pelayo y el hispanismo (desde el *Epistolario*)” en *Estudios sobre Menéndez Pelayo, Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*, Número extraordinario en homenaje a don Manuel Revuelta Sañudo. Sociedad Menéndez Pelayo, Santander, 1994, págs. 227-260.

<sup>78</sup> *Epistolario*, vol. XVI, carta 140, págs. 100-101

libros, escritos por él, que va a enviar a la “Biblioteca de la Academia”, y sigue:

“... siendo yo *el único inglés*, que se ocupa de *hacer conocer la verdad* sobre la historia de esta España que tanto quiero, me ocurre decirle a V.E., [sic] como el más distinguido literato español de nuestros días, que si puede V.E. proponerme para miembro o Corresp. de la Academia Española, lo consideraría no solamente como un favor personal, sino también como una honra a las letras inglesas” [cursiva mía].

Afortunadamente, los demás ejemplos que voy a sacar a colación dejan a los ingleses en mejor postura.

Antes de pasar al meollo de este apartado me importa mucho incluir, por su interés intrínseco, la carta de A. E. Housman y la respuesta de don Marcelino<sup>79</sup>. Si existe una circunstancia que garantice que una carta enviada a don Marcelino reciba su correspondiente respuesta, y puntualmente, es que sea en latín. En este caso que comento la carta de don Marcelino no lleva fecha y su contenido es sencillamente una nota de autorización para que el Profesor Housman encargue un facsímil fotográfico a la Biblioteca de Madrid. Ahora viene lo bueno. Housman era entonces Profesor de griego y latín en la Universidad de Londres. Lo que llama la atención del lector del *Epistolario* es que las dos cartas sean en latín, pero hay otro aspecto bastante más interesante, que no parece haber llegado al dominio público, ni tampoco al conocimiento de los dos partícipes. Se sabe bien que don Marcelino ha sido, entre otras muchas cosas, poeta. El catedrático que le escribe en latín no es solamente catedrático de latín sino también –y mucho más importante para la posteridad– el mismísimo A. E. Housman, que se conoce en mi país como autor de la breve colección de poemas que se intitula *A Shropshire Lad*, publicada de forma privada en 1896, es decir, diez años antes de la fecha de la carta de Housman a Menéndez Pelayo. Esto no tendría resonancia ni repercusiones mayores si no fuera por una circunstancia crucial: aquel librito de poemas, *A Shropshire Lad*, que circulaba durante los primeros

---

<sup>79</sup> La carta de Housman (resumen), *Epistolario*, vol. XVIII, pág. 489; la carta de Menéndez Pelayo, *Epistolario*, vol. XXII, carta 612, págs. 244-245.

años en privado, se hizo un “best seller”, con muchísimas ediciones y reimpressiones, un poco antes, durante y después de la primera guerra mundial. Su difusión en Inglaterra (y en Canadá, Australia y Nueva Zelanda) ha sido desde entonces algo parecido a lo que pasó con *Campos de Castilla* en España. Según me consta, nunca llegaría don Marcelino a saber que su corresponsal en latín del año 1906 fue uno de los grandes poetas ingleses del siglo XX; y por otra parte Housman nunca llegó a saber que don Marcelino fue más que mediano poeta. El *Epistolario* irá desvelando tales secretos durante años.

Durante la primera mitad del siglo XIX, se publicaron en Inglaterra dos breves escritos sobre don Marcelino y su obra que apenas llegaron a conocerse en España y que, en la propia Inglaterra, fácilmente pasaron desapercibidos. Si repasamos ahora las bibliografías de la crítica sobre Menéndez Pelayo, nos encontraremos con muy pocas referencias a estos escritos, y la explicación es muy sencilla: se trata de un caso bastante frecuente en el mundo de la crítica o, mejor dicho, del ensayismo; es decir, que el título, o el título y el índice, no indican adecuadamente el contenido del libro.

El primero, por fecha, es de Aubrey F. G. Bell y se llama *Contemporary Spanish Literature* (London; Alfred A. Knopf, 1926), y figura en el capítulo titulado “Criticism and scholarship. 1. Menéndez Pelayo”. Su método y algunos detalles sugieren al lector cierta promesa de unas páginas más o menos objetivas, y como son diez páginas, enfocadas más bien en la parte crítica de su obra, el lector medio anticipa algo de provecho.

Tristemente, no es así, la materia informativa es la de siempre, sin enfoque ni enjuiciamientos individuales, y acoplada a unos vuelos encomiásticos que avergüenzan. Lo que el lector medio sin duda podría sacar del conjunto es un concepto muy positivo del valor de la obra de Menéndez Pelayo, pero esas diez páginas no están pensadas para el estudioso.

*Santander*, de Edgar Allison Peers, publicado en 1927 por Liverpool University Press, es un librito dirigido preferentemente a un público inglés. Peers es conocido en España sobre todo por sus artículos y libros sobre el Romanticismo español y su papel como fundador y Director del *Bulletin of Spanish Studies*. El libro sobre Santander –Santander,

se entiende, como ciudad y provincia por aquellos años— surge de sus siete años como Director de unos Cursos de Verano en Santander y no pretenden otra cosa que describir lo que ha visto. Sin embargo, no puede sustraerse de evocar para sus lectores (ingleses) el, para él, milagro y fenómeno que es Menéndez Pelayo. Son cuatro páginas, nada más, pero, a diferencia de las páginas de Aubrey Bell, consiguieron perfilar la persona detrás del mito e incitar al lector a conocer la obra crítica. (Existe ahora una versión española de *Santander*. Ediciones Tantín, Santander, 2008).

Walter Starkie, mejor conocido en España hace años como don Gualterio, y como autor de *El camino de Santiago* que como crítico literario, tuvo un papel importante en la difusión de la fama de Menéndez Pelayo por el mundo anglosajón. En 1950 hizo una edición y traducción del libro seminal de Menéndez Pidal, *Los españoles en su historia*<sup>80</sup> Se puede decir, sin riesgo de equivocarse ni propasarse, que el capítulo II (“The Forerunner”/“El Antecesor”) de la introducción de Starkie es el escrito que ha hecho más que otro alguno para dar a conocer la persona y la obra de Menéndez Pelayo a un público culto, pero no necesariamente académico, en Inglaterra. Nos ofrece Starkie una visión algo blanda y, sin duda, demasiado favorable, de don Marcelino, pero es la visión que imperaba todavía en el mundo anglosajón por aquellos años. Pasarían bastantes años antes de que un asesoramiento más imparcial, más objetivo, se notara en la crítica escrita por los hispanistas ingleses al tratarse de Menéndez Pelayo. A fuer de contraste quizás cabría recordar que las opiniones adversas sobre Menéndez Pelayo ya existían en tiempos de la Generación del ‘98. En verdad, no creo que haya existido en mi país una situación remotamente parecida a aquella que imperaba en España durante los años de madurez de Menéndez Pelayo y después de su muerte; es decir, con dos bandos resueltamente opuestos y una porción de puntos de vista intermedios.

En 1972 el libro del gran hispanista inglés Donald Shaw, *The Nineteenth Century*<sup>81</sup>, marcó el comienzo de una perspectiva más práctica y

---

<sup>80</sup> *The Spaniards in their History*, Hollis and Carter, 1950.

<sup>81</sup> En la colección *A Literary History of Spain*, London: Ernest Benn Limited/New York: Barnes and Noble Inc., 8 vols. (Hay edición española, de Editorial Ariel).

equitativa sobre la literatura española del siglo que vio la mejor parte de la obra de Menéndez Pelayo. El hecho de que haya expuesto a la vez sus raíces ideológicas y culturales es un valor añadido. En el capítulo XI, “Ideologies and Tradition”, figuran dos páginas sobre Menéndez Pelayo y su legado que difícilmente pudieran mejorarse en cuanto informe objetivo y equilibrado. No estaría de más mencionar aquí que Shaw conocía al dedillo la época de 1880-1930, pues también fue autor del volumen sobre la Generación del 98 en la misma colección. Son unas publicaciones que han hecho las delicias de generaciones de hispanistas británicos y que se distinguían por su tratamiento comprensivo de don Marcelino; un culto a la verdad y a los hechos si jamás lo hubo.

Una de las finalidades del ciclo de conferencias en Madrid en noviembre de 2012 ha sido abordar el tema fascinante de la presencia e influencia de Menéndez Pelayo en la escritura de las historias de la literatura española en los países europeos que figuran en él. Por anacrónico que sea tratar este tema después de haber llegado al año 1972 lo saco ahora para destacar el patente contraste entre esa historia de la literatura española relativamente reciente que incluye el libro de Shaw y la conocida y en su época afamada historia de la literatura española de James Fitzmaurice-Kelly.

Se trata de la historia de la literatura española “inglesa” –es decir, escrita originariamente en inglés– más difundida en España en tiempos de Menéndez Pelayo, pero su “historia”, en el sentido de su trayectoria en cuanto evolución de ediciones, ha sido azarosa y hasta pintoresca.

Ya estuvo en contacto el profesor Fitzmaurice-Kelly con don Marcelino desde finales de 1892. Aparecen en el *Epistolario* veintiséis cartas del hispanista irlandés al maestro cántabro y ninguna en sentido contrario, aunque sabemos por el contenido de las cartas de Fitzmaurice-Kelly que hubo alguna respuesta. Se trata de unas relaciones cordiales y hasta amistosas durante quince años, aunque se nota que hubo varios largos intervalos sin carta alguna. La primera edición española de su así llamada *Historia de la literatura española* es de 1901<sup>82</sup>, con un “Estudio preliminar” de

---

<sup>82</sup> Me he servido de la 7ª ed., que parece ser la más frecuentada. Las diferencias entre las distintas ediciones quedan por estudiarse.

Menéndez Pelayo, el cual tuvo su parte en la decisión de acometer el proyecto de la traducción y edición española.

En España a finales del siglo XIX no es muy conocido, que digamos, el nombre de Fitzmaurice-Kelly, al paso que el de don Marcelino parece abrir las puertas al éxito. Por eso el hecho de tener el nombre del gran estudioso en la portada y firmando el *Prólogo* fue crucial; el papel de Adolfo Bonilla y San Martín, pese a la presencia de su nombre en la portada, quedó relegado a un segundo plano. Sin embargo, Bonilla no solo se responsabilizaba de la traducción, sino también de gran parte de las correcciones, mientras que don Marcelino se había ocupado mayormente de las adiciones a la bibliografía. Este punto, aparentemente nimio, hubiera podido provocar cierta irritación en el autor. Sea aquello como fuere, la evidencia de las cartas no denota protestas de parte del irlandés ni desavenencias entre los dos, pero otras fuentes epistolares nos alertan de algunos problemas que don Marcelino ha callado en su “Estudio preliminar”.

En unas cartas a varios amigos y colegas don Marcelino había hablado “discretamente” de la cantidad de errores y omisiones, al paso que en el “Estudio preliminar”, o “Prólogo”, reconoce en su segunda mitad un montón de correcciones, seguramente bienintencionadas y justificadas. Pero parece más que probable que la actitud de don Marcelino le haya herido en su amor propio al hispanista irlandés, y no sería exagerado sugerir que el bienintencionado “corrector” se haya portado algo menos que delicadamente. De todas formas las cartas de Fitzmaurice-Kelly a don Marcelino comienzan a escasear desde finales de 1904. Solo escribirá cinco cartas más, igual de corteses y cordiales que las cartas del principio de su relación, siendo las dos últimas de abril y junio de 1909. Se sabe que los irlandeses, como los ingleses, son susceptibles a ofenderse, y sobre todo en cuestiones de amor propio. No hay traza alguna de tal susceptibilidad en las cartas de Fitzmaurice-Kelly a don Marcelino y, no obstante, es difícil concebir que aquel se haya quedado contento con la fórmula que éste había elegido para hacer públicas aquellas correcciones.

Recapitemos. Se trata de un “prólogo” que alaba la rectitud y la metodología del autor en su primera mitad y que ofrece una larga lista de enmiendas y correcciones en la segunda. Sencillamente, no fue nada

oportuna aquella decisión y desde nuestra perspectiva de hoy acaso deberíamos opinar que Fitzmaurice-Kelly la aceptó precisamente por venir de quien venía.

Por todo lo anterior, y posiblemente otros factores que veremos a continuación, se impone la conclusión de que don Marcelino no acertó a tener con el mundo literario y académico inglés/británico las relaciones profesionales y amistosas que mantuvo durante décadas con los grandes críticos, historiadores y filólogos franceses, alemanes, italianos y portugueses.

El panorama de la literatura inglesa del siglo XIX, y antes, entra inevitablemente en la *Historia de las ideas estéticas*. Al preparar mi conferencia para este ciclo, en septiembre de 2012, no llegué a leer a fondo el estudio que le dedica el Profesor López García en la recién publicada edición<sup>83</sup> de la Real Sociedad Menéndez Pelayo. Se trata de un estudio ponderado, objetivo y sereno. ¡Ojalá todos los comentarios sobre don Marcelino y su obra a lo largo de los últimos ciento cuarenta años hubiesen sido tan imparciales!. Aún así me importa hacer unas leves matizaciones que acaso tengan su poquito de interés para nuestras conclusiones.

Don Marcelino no fue siempre el estudioso sin tacha. En el apartado “En Inglaterra”, hablando de Wordsworth, reconoce en nota fuentes como Myers y Scherer pero el nombre de Philarète Chasles no sale, y, sin embargo, una breve ojeada a los dos textos sugiere que don Marcelino conocía bien el libro de Chasles<sup>84</sup> y lo utilizó. En general las páginas sobre los Lakistas son aceptables, pero las pocas líneas que nos ofrece sobre Coleridge no logran ver su aportación especial a la poesía de entonces, sencillamente porque sus prejuicios<sup>85</sup> no le permiten vislumbrar al poeta íntegro. Y así es en otros contextos. Charles Lamb tiene entrada

---

<sup>83</sup> *Historia de las ideas estéticas en España, Obras Completas*, tomo I, vols. I-III; Editorial de la Universidad de Cantabria/RealSociedad Menéndez Pelayo, 2012. El estudio del Profesor López García en el Vol. I, págs. CXLV-CLXXV

<sup>84</sup> Don Marcelino tenía –y tiene– toda la colección de los ensayos y reseñas de Chasles en su Biblioteca; el volumen aludido es *Essais de Littérature Anglaise*.

<sup>85</sup> Las pocas líneas que don Marcelino consagra a Coleridge dan la impresión de que su adicción al opio necesariamente tenía que perjudicar sus posibilidades como poeta. “Kublai Khan” y una porción de poemas más nos enseñan que no

por sus *Lamb's Tales from Shakespeare* y sus magníficos *Essays* no se mencionan; Shelley “merece” casi cuatro páginas y Keats ocho líneas, y De Quincey no parece existir. Es notorio que don Marcelino trabajaba febrilmente de vez en cuando; esto no se nota, o se nota mucho menos, en los apartados sobre Francia y Alemania, donde maneja unas materias bastante más amplias, pero resulta interesante, cuando menos, que el apartado más corto, con mucho, sea el de Inglaterra.

Está claro que estoy cuestionando los criterios críticos de don Marcelino; hace falta de vez en cuando. Esta línea de investigación tiene que pasar ahora al campo de la traducción, porque constituye el punto más débil del maestro. Menos mal que el gran público lector no suele cotejar la traducción con el texto original. Creo que todos aceptamos ahora que el arte de la traducción se concibe de manera muy distinta hoy de comparación con los años ochenta del siglo XIX. Sin duda hemos aprendido a ser comprensivos, pero solo hasta cierto punto. Hace unos cincuenta años leí por primera vez la traducción de *Romeo and Juliet* hecha por don Marcelino y he vuelto a leerla recientemente. En la segunda lectura he cotejado traducción y texto original en unas páginas específicas y he puesto el grito en el cielo, varias veces. Más tarde he leído lo que doña Emilia tuvo a bien escribir sobre esa traducción en carta a don Marcelino. Prefiero que ella hable por mí:

“He leído y tengo su traducción de Shakespeare. ¿Seré franca? Aun siendo manos como las de V. las que emprendan la obra de limar y pulir y mondar las asperezas y berrugas del coloso inglés, me sublevo. –Shakespeare es un titán de bronce, de líneas pronunciadas y rudas a veces: pero ¡quién puede osar enmendarlas! V. ha retrocedido ante la energía brutal de ciertas frases: con lo cual Shakespeare perdió mucho colorido. Su traducción de V. es una *bella infiel*.– Perdone estas apreciaciones a una *Shakespearófila* frenética, que durante un año solo ha leído a Shakespeare, que se sabe de memoria desde la escena de la alondra hasta el discurso de Marco Antonio sobre el cadáver de César, y que adora en él hasta sus defectos

sublimes”<sup>86</sup>

Tan solo añadiría yo a estas expresiones francas y bienintencionadas que el nivel en lengua inglesa de don Marcelino no llega muy alto, a pesar de las clases con un profesor inglés. Se cae de obvio que ciertos pasajes de Shakespeare exigen mucho al lector, pero la solución no puede ni debe ser hacer caso omiso de ellos. Por cierto que no es la única vez que doña Emilia osa habérselas con don Marcelino con respecto al tema de la traducción. Don Marcelino, en su *Prólogo*, canta las alabanzas de la traducción llevada a cabo por M. Juderías Bender de los ensayos históricos y literarios de Lord Macaulay. Doña Emilia no solo condena la traducción sino también al prologuista por alabarla<sup>87</sup>. En resumidas cuentas, nos enfrentamos con una paradoja bastante confusa. No se puede decir que don Marcelino dominara el inglés, pero se erigió en traductor de Shakespeare; aprobó una traducción punto menos que inaceptable de los ensayos de Lord Macaulay y en ambos casos tuvo que aguantar la dura crítica de doña Emilia. Desgraciadamente no se sabe el paradero de las cartas de respuesta a doña Emilia, si es que las hubo. En verdad, su actitud como traductor parece indicar un elemento defectuoso, o por lo menos contraproducente, en su formación como crítico.

Desde los años cincuenta del siglo XX viene menguando la reputación de Menéndez Pelayo entre los hispanistas británicos; no se sabe si esta mengua tiene que ver con los factores que yo he señalado en estas páginas, pero no deja de ser significativo que la última importante historia de la literatura española escrita en inglés apenas reconoce la existencia, ni mucho menos la influencia o la presencia del otrora maestro ejemplar<sup>88</sup>.

Por si acaso alguien deduzca de estas páginas que haya sido mi intención acercarme a este tema desde un punto de vista negativo añadiré que la figura y la obra de Menéndez Pelayo me han acompañado en mis estudios desde 1960. Conservo como oro en paño mi maltrecho ejemplar de los *Estudios sobre escritores montañeses*, si bien discrepo, naturalmente, de cuatro cosas sobre Pereda. Por otra parte, aunque reconozco que la

---

<sup>86</sup> Carta del 30 de septiembre de 1881. En el *Epistolario*, carta 174 del vol. V.

<sup>87</sup> *Epistolario*, vol. IV, carta 118, pág. 181; tampoco tenemos contestación.

<sup>88</sup> *The Cambridge History of Spanish Literature*, edición de David T. Gies, Cambridge University Press, 2004.30

*Historia de las ideas estéticas* tiene sus puntos flacos y que en general don Marcelino soñó demasiados proyectos, pongo los *Orígenes de la novela* sobre mi cabeza como obra ingente de un bibliófilo y futuro bibliotecario que muy pocos estudiosos se hubieran arriesgado a emprender. Mi crítica adversa siempre busca lo positivo, a la larga. No se debe concebir a Menéndez Pelayo como un Dios de la crítica, pero sí que es lícito y hasta recomendable verle como un fenómeno único y quizás irreplicable en el mundo de las letras. Como calculé recientemente, a instancias de un colega, que a lo mejor habré pasado casi tres años de mi vida entre los libros de don Marcelino, no parecería lógico ni probable que mi manera de acercarme a su obra fuese fundamentalmente negativa.